

Isabel Oyarzabal y Alhaurín el Grande (II)

Decíamos en un anterior artículo publicado en esta misma revista que las experiencias de la niñez y primera juventud ocupan una posición relevante en la autobiografía de Isabel Oyarzábal (1878-1974). De entre sus recuerdos de esta etapa, los *pasos* de la Semana Santa de Alhaurín el Grande se sitúan en un significativo lugar. Como muestra reproducimos a continuación unos párrafos de sus memorias sobre las representaciones que el miércoles y el jueves santo tenían lugar en la plaza Baja.

La teatralidad, el dramatismo, la espectacularidad, la mezcla de solemnidad, sencillez y espontaneidad, la emoción, el silencio y el canto, como elementos del ceremonial religioso y estético popular, afloran en la mirada prístina de una niña de doce años, y nos definen con precisión algunos aspectos fundamentales de las celebraciones de la Semana Santa de Alhaurín en torno al año 1884.

A la vez, ya aquí podemos apreciar en ciernes dos elementos -el teatro y la cultura popular; el arte y el pueblo- que serán cardinales en su vocación posterior como escritora y activista social y política.

Dice así:

(...) El escenario se colocaba en la plaza. Era una gran plataforma que llegaba hasta la puerta de la iglesia. La única iluminación era la que daban las antorchas de colores. Nosotros teníamos sitios reservados en el balcón del Ayuntamiento, que estaba justo enfrente y desde donde se veía perfectamente la obra.



No podría decir que me impresionara demasiado la primera noche de la representación. Creo que no entendía el simbolismo del sacrificio de Isaac a manos de su padre, Abraham, y yo siempre me sentía muy inquieta por la suerte del cordero, pues al pobre animalito lo sacrificaban allí mismo.

El jueves al atardecer, la plaza estaba abarrotada, y la gente se quedaba embelesada al oír las rimas en verso libre y la actuación todavía más libre de los actores, que hacían su papel con la misma solemne sencillez que si estuviesen celebrando una ceremonia religiosa. Como no había director, cada uno interpretaba su papel como Dios le daba a entender.

La oración en el huerto de Getsemani resultaba algo larga, pero a mi me encantaba cuando aparecía el ángel. La parte más emocionante era la del viernes por la noche. El pueblo que estaba en la plaza seguía las distintas escenas de la Pasión, como aquella en la que Cristo es conducido ante Caifás y Pilatos, con auténtica emoción y en completo silencio.



Cuando finalmente colocaron a Cristo en la cruz, los martillazos iban acompasados con los quejidos de las mujeres, aunque de repente se oyó un grito de rabia por la presencia de una figura encorvada, que llevaba una bolsa y andaba de un lado al otro del escenario como si estuviese buscando un sitio para esconderse. ¡Judas, es Judas! ¡El traidor! gritaba una masa enfurecida que se revolvía con gran agitación-. ¡Judas! ¡Matáadlo! ¡Que no se escape! Yo estaba aterrada. El estado de ánimo de la gente era tan real que una tenía la impresión de que iban a matar al hombre del escenario, y yo entonces le tiré del brazo a Juan preguntándole:

¿Qué pasa? ¿Qué es lo que quieren?

Es Judas Iscariote me respondió, como si él también tuviera ganas de matar a aquel pobre hombre que no paraba de dar vueltas buscando un lugar donde refugiarse, y finalmente desapareció.

La escena continuó y el pueblo seguía pidiendo la muerte de Judas. De repente se alzó la cruz y se oyó un gran silencio. Las puertas de la iglesia se abrieron de par en par y apareció la imagen de la Virgen en el umbral. Llevaba una túnica de terciopelo negro y de sus grandes ojos le caían unas lágrimas enormes. Luego bajaron al Cristo y lo pusieron en sus brazos. La gente seguía gritando:

Virgen Santísima, mira a tu Hijo. Mira a tu hijo amado.

El escenario se llenó de flores ... Después de un rato envolvieron el cuerpo de Jesús en un sudario blanco y se lo llevaron a lo que se suponía era una tumba. La imagen de la Virgen fue devuelta a su templo. De repente alguien se arrancó a cantar. Este tipo de canción andaluza, la saeta, está formada por una sucesión de lamentos. Le siguió otra y luego muchas más, pero ya la representación se había acabado y nos mandaron a casa (...).

(Del libro de Isabel Oyarzábal *Hambre de Libertad*, de próxima publicación por la editorial Almed de Granada. Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón)

Víctor Gallero Galván